



TIEMPOS DE VELA Y CANDIL



Emilio MARÍN TORTOSA

*El Carnaval es una fiesta de simulación.
Es el lugar para fingir las cosas que uno no es.
Y para ser todo aquello que nunca se quiso ser.
La vida, a veces, actúa como un Eterno Carnaval.
En ese momento, la reina de las máscaras es La Gran Mentira.*

V TIEMPO DE CARNAVAL.

Salvador, cada día que pasa se encuentra mejor en aquel pueblo a donde había sido enviado para ocultarle en el anonimato del lugar. Su destino, planeado por su amigo Jorge, estaba saliendo bien. La adaptación a aquel ritmo de vida rural, no suponía ningún problema para él, al fin y al cabo él procede de un medio rural. Los años pasados en el Seminario habían sido tan distintos, era una actividad constante en un medio que a él le resultaba hostil. Después vino la guerra con sus calamidades, en cambio allí, todo es paz y tranquilidad. Todo aparece como adormecido en un estado de lasitud. Ajenos los sentidos por conocer cosas nuevas, las preocupaciones era de puertas para dentro, todo lo más, entre vecinos. El miedo les había revestido a todos con ropajes de prudencia y desconfianza. Era un ambiente de falsa tranquilidad, Salvador sabe que es así, y eso, por el momento, era lo mejor para todos.

Los encuentros con Dolores, que se venían repitiendo con frecuencia, calman su día a día por aquel vivir entre las dos partes en que está dividido el pueblo. Es una vida en cámara lenta, sin ningún tipo de inquietud intelectual, sin embargo algo iba tomando fuerza en él: ya va siendo hora de tomar parte en aquel soterrado enfrentamiento. Y él siempre va a estar al lado de los más débiles. Ese sentimiento solidario es el que le hizo defender a los estraperlistas en la estación del tren. Ese mismo demonio que le hacía resistirse en el Seminario a los comportamientos prepotentes contra sus compañeros pobres. Tampoco ahora piensa en las consecuencias que le pudiera acarrear ese comportamiento. Los consejos de Jorge, tenían fecha de caducidad.



Desde que conoció la desgracia ocurrida a la familia de María, la encargada del puesto estratégico en la sierra, y la situación de los que habían sido trabajadores de la Compañía, se siente en la obligación de hacer algo positivo por ellos. Y aquello solo se podía hacer desde su cargo de Director. Para ello redacta un informe muy detallado y lo envía a la Central de la Compañía. En él les comunica unas ideas para mejorar las instalaciones en aquella zona. Se debe modernizar la distribución, sustituyendo el actual tendido eléctrico por otro más nuevo y más seguro. Si mejoraban el servicio, aumentaría el consumo, y con ello los beneficios de la Compañía.

Salvador no tiene mucha confianza en el éxito de aquella iniciativa suya. Sabe que tendrá que pasar muchos filtros y dificultades, aunque en su inocencia cree que al final, siendo su plan bueno, terminarán por aceptarlo. Aquello iba a suponer una inversión importante, y una gran contratación de mano de obra. Era la forma más directa de dar jornales a los más necesitados, que eran muchos. Con aquello esperaba que algunos cambiasen la opinión negativa que tenían sobre él. Había quien pensaba, con toda la razón, que él pertenecía a la tropa del Alcalde-Pez, y por eso era tenido por uno de los

vencedores, por un enemigo de los pobres. Él no podía ir por ahí diciendo que él también era un represaliado, aunque ocupase ese alto cargo, de ello dependía su propia seguridad. Teme que viendo donde vivía y con quien se juntaba, era difícil que aquello lo creyeran. Pero por ello no va a dejar de pelear por mejorar la vida de aquella gente.

Salvador tiene que ir hasta la ciudad, ha sido llamado por sus superiores. Quieren revisar con él algunos de los puntos del estudio que les había enviado. Necesitan de alguna aclaración antes de darle curso. Mañana, a las siete de la mañana, tomará el autobús hasta la capital. Tendrá que pasar todo el día fuera, así se lo ha comunicado a la señora Amparo, para que durante su ausencia todo esté bajo control.

Las oficinas centrales de la Compañía en la ciudad, están situadas en una de las avenidas céntricas. Dado lo temprano de la hora, no estaba abierto. Para hacer tiempo decide entrar en un bar, le vendrá bien tomar algo sólido, ha madrugado y no había tomado nada todavía. Cerca hay un bar que se anuncia como peña de un torero famoso. Al entrar siente como si todo allí dentro se detiene y se hace el silencio, y que todas las miradas se centran en él. Tiene la intención de retroceder y salir de allí, pero esa impresión apenas le dura unos segundos. La presencia de Salvador no parece sospechosa, y todo vuelve a la rutina del local. Se habla de toros, y de fútbol.

Toma asiento en una mesa lejos de los tertulianos. Un café con leche y unas magdalenas. De la cartera saca los papeles del proyecto, y los repasa intentando adivinar qué puntos necesitarán de aclaración, él lo ve todo coherente y bien explicado. Los números cuadran, y todos los aspectos del proyecto tienen la misma consideración en el mismo. Tendrá que esperar a ver por dónde salen sus jefes. En la espera tiene tiempo para tomar un par de cafés más, y darle varias vueltas a los papeles. Cuando considera que ya es hora de que hayan abierto la oficina, pide la cuenta, paga, y sale a la calle. Ahora su salida pasa desapercibida para la clientela.

Cruza la calle y entra en las oficinas de la Compañía. Una vez dentro, se ve detenido por una señora que estaba haciendo la limpieza.

- *¡Alto ahí! ¡Tenga cuidado! ¡Y pase por donde no esté mojado!*

Él obedece y da un rodeo para llegar hasta el mostrador, donde un solo empleado está poniendo orden en las varias mesas que hay.

- *¡Buenos días!*

Su saludo queda sin respuesta. El hombre no parece haber advertido su presencia.

- *¡Oiga! ¿Quién atiende aquí?*

El hombre se vuelve y le mira.

- *De momento nadie. Todavía es temprano para que llegue el personal. Y como ve estoy demasiado ocupado para atenderle. Tendrá que volver más tarde a ver si tiene suerte y hoy viene alguien por aquí.*

La escueta respuesta del empleado no desanima a Salvador. Ya sabe lo que suele ocurrir en las oficinas oficiales. Insiste.

- *Yo he venido hasta aquí para resolver unos asuntos que no pueden esperar. ¿Podría decirme a qué hora puedo encontrar al Director? He de hablar con él.*

- *¿Quiere hablar con el Señor Director? ¿Y para qué? ¿Cree usted que el Señor Director no tiene nada más importante que hablar con usted? Puede esperar a ver si viene Pérez y le puede atender. ¿Hablar con el Señor Director? ¡Ja, ja, ja!*

La mujer de la limpieza, con su risa, hace coro con el ocupado empleado.

- *¡Escuche! Yo he sido citado aquí, a esta hora, por el Director. Él tiene interés en verme. Si piensa que hoy no va a venir, dígame dónde puedo encontrarle.*

- *¡A mí no me siga molestando usted! No ve que estoy ocupado. Usted puede esperar o marcharse, a mí me da lo mismo.*

Salvador entiende que por aquel camino no sacará nada en claro de aquel empleado, ha visto la camisa azul que viste, y entiende que por ello tiene patente de corso. Decide darse a conocer y jugar en su terreno.

- *¡Escuche usted! Soy Jorge Rodales, he venido para hablar con el Director. No me haga usted perder mi tiempo. Coja ese teléfono, y localícelo donde quiera que se encuentre. Dígame dónde está su despacho, le esperaré allí. ¡Vamos! ¡Muévase! ¡Y deprisa!*

El impertinente empleado, bien porque ha reconocido el nombre, o por la autoridad que ve en la voz de Salvador, le caen al suelo un montón de boletines que se disponía a poner encima de una mesa, y el temblor de sus piernas es evidente. Ahora su voz suena sumisa.

- *¡Perdone usted Don Jorge! Nadie me informó de su visita. Tenga usted la bondad de seguirme y le llevaré al despacho del Señor Director. Voy a localizarle inmediatamente. Seguramente estará en casa esperando el aviso de que usted ha llegado.*

Apenas han pasado diez minutos desde que Salvador quedó instalado en aquel cómodo despacho, cuando abren la puerta y un nuevo personaje entra en escena. Es un hombre de mediana edad, joven todavía, con el pelo peinado con mucha brillantina a la última moda. Un poblado y bien cuidado bigote destaca en una cara redonda donde parece vivir eternamente su amplia sonrisa. El traje, gris, la camisa azul, y la corbata negra. Va uniformado.



- *¿Eres Salvador? ¿Cómo estás? Soy Ceferino, Director de esta entidad. Perdona el retraso. Pero mi cargo me obliga a vagar por mil despachos oficiales, y apenas tengo tiempo para aparecer por aquí.*

- *Lo comprendo, y te entiendo. Perdona tú también que haya empleado el nombre de Jorge, pero es que el botarate que tienes de ordenanza, no me prestaba ninguna atención.*

- *Bueno, ya sabes tú como son estos subalternos. Quieren cumplir tan bien con su cometido, que a veces se pasan en su celo. Pero lo que importa es que ya estás aquí.*

¿Qué te parece si nos acercamos hasta el Club, aquí cerca, y mientras damos cuenta de un buen desayuno, hablamos de nuestras cosas?

Salvador le hubiera dicho que no sabe cómo es un subalterno, que nunca ha tenido uno, que prefiere quedarse en aquel cómodo despacho para hablar tranquilamente, que él ya había desayunado, pero sabe que solamente siguiéndole el juego podrá tratar sobre lo que le ha llevado allí.

Salen a la calle. Ha visto que el camisa azul sigue en lo de ordenar papeles, y la mujer sigue frotando las baldosas del suelo. Todavía era pronto para que allí comience la jornada. Pasan por la puerta del bar taurino, y siguen calle adelante hasta un local con una apariencia de establecimiento de lujo. Dentro se refuerza esa impresión, todo lo que puede ver es de mucho lujo, bronce y maderas nobles. Se trata, según le dice Ceferino, que era un Club Privado. Era lo mejor que había por allí.

Un camarero les sale al encuentro, y su saludo no está huérfano de servilismo. Les pide que le sigan, y les conduce hasta un pequeño salón, donde unas pocas personas están desayunando. Mesas con mantel blanco, sillas de artesanía tapizadas en terciopelo verde, dan un tono de especial elegancia al lugar. Las paredes recubiertas con tela adamascada muestran varias fotografías de hombres con prominente bigote. En la pared del fondo, presidiéndolo todo, las dos fotografías de los personajes que se pueden ver en todos los lugares oficiales, y en los lugares donde acudían los representantes del nuevo régimen, como seguramente era aquel en el que ellos acaban de entrar. Un gran ventanal acristalado ofrece una perfecta visión de la calle.

Repartiendo saludos entre los comensales, Ceferino y Salvador, ocupan una mesa junto al mirador. La visión de la calle desde aquel lugar era completa. El ventanal apenas está un metro por encima de la acera, un lugar perfecto para ver lo que ocurre en la calle, y también para que los ocupantes de aquella mesa pudieran ser vistos por los transeúntes. El local era para gente muy selecta, allí se suele juntar todo el poder local, y el ser visto allí era señal de autoridad, y a Ceferino le gusta presumir de ello.

En aquel local, y sentado en aquella mesa, Salvador se encuentra incómodo. Él es de gustos sencillos, y le da vergüenza que algún conocido le pudiera ver en aquel lugar, y con aquella compañía. Es cierto que por el cargo que ahora ocupa pertenece a aquel grupo social, y también sabe que quien está sentado en aquella mesa, no es él, allí está sentado el miedo que causa el nombre de Jorge Rodales. En su interior siempre se sentirá lejos de aquella gente, y de todo aquel lujo. Era una representación obscena de riqueza y poder, pero es el juego en que ahora le toca jugar, y tiene que seguir en la partida. Siente temor de que, siendo él tan joven, pueda acostumbrarse a la buena vida, como ya hizo en casa de Doña Engracia, y se olvide de los suyos. ¿Es acaso su destino estar siempre en tierra de nadie?

Sus pensamientos se ven cortados por el camarero que llega para servir la mesa. Cuando el camarero se retira, y mientras dan buena cuenta del abundante desayuno, hablan sobre cosas banales. Ceferino le canta las excelencias de aquel lugar, de las fiestas que allí se organizaban, y que solían convertirse en verdaderas bacanales, de los personajes que frecuentaba.

- Aquí todavía dura la borrachera de la Victoria, y es todo una fiesta permanente.

Salvador hace verdaderos esfuerzos para simular atender a las explicaciones de Ceferino sin que se le note lo incómoda de la situación. Lo que ha venido a solucionar,

bien valía ese sacrificio, pero su resistencia llega a su fin, y pregunta a Ceferino por el asunto que le ha llevado hasta la ciudad.

- Ceferino, ¿has leído el informe que te envié?

Ceferino, que en ese momento mantenía su copa de vino en alto, y mira a través de ella todo lo que les rodea, alaba la calidad de aquel vino, y finge no escuchar la pregunta. Sin embargo sí ha escuchado a Salvador, ha entendido la pregunta, y reacciona como si él fuese el que pone el tema sobre la mesa. Deja la copa sobre el blanco mantel, y mira a Salvador antes de hablar.



- Bueno, tu informe... De eso iba a hablarte ahora.

- ¡Sí, sí! Un informe sobre cosas por hacer en mi Zona. Un proyecto que a mi entender mejoraría los resultados de la Compañía.

- De eso precisamente. Escucha Salvador, yo no me ocupo personalmente de esas cosas. Para eso tengo un ayudante. Yo tengo cosas más importantes de las que ocuparme. No puedo atender a todo lo que llega hasta mi oficina.

- Pero tú me has enviado una carta citándome aquí. Querías hablar conmigo sobre ello.

- ¡Sí! ¡Sí! Eso es cierto. Yo mismo le ordené a mi ayudante que te enviase un saludo mío. Quería conocerte. Pensé que sería bueno que pasásemos un rato en este lugar los dos a solas. Pero eso era todo.

- Escúchame Ceferino: Yo tengo un especial interés en ese proyecto. Hay mucha gente en esa comarca que lo está pasando muy mal. No hay ningún trabajo para ellos. Yo sé que si se aprueba ese proyecto, habrá trabajo para muchos.

- Ahora escúchame tú a mí Salvador, acaba de terminar una guerra que ha costado muchas vidas y mucho dolor, y todo por culpa de ese atajo de gandules que tú ahora quieres ayudar. Para eso no busques mi ayuda. ¡Escucha! Eres joven, sientes entusiasmo por las causas que crees justas, y eso te impide ver la realidad de las cosas. Lo único que a nosotros nos debe ocupar ahora, es procurar que todos los que han vuelto vencidos de la guerra, no olviden durante mucho tiempo que ellos son los perdedores.

- Ceferino, esa no es mi intención. La guerra ya ha terminado, y todos hemos sufrido. Lo mejor es olvidarlo cuanto antes, porque si a los pobres no se les da pan, pronto vendrán a pedirnos cuentas. Pronto, muy pronto, y entonces tal vez no tengamos tanta suerte.

- ¡Ja, ja, ja! No debes temer eso. Todos los cabecillas de la revolución, o están muertos, o están en la cárcel a buen recaudo. Los que andan sueltos son cuatro desgraciados muertos de hambre, y así deben seguir. No te preocupes, no son peligrosos. Salvador, yo quiero ser sincero contigo, yo soy buen amigo de Jorge Rodales, amigo y admirador. Se las circunstancias que te han llevado hasta este puesto, fue a mí a quien Jorge pidió el favor.

La confesión de Ceferino, deja a Salvador como si le hubiera golpeado la cabeza con un mazo. No esperaba aquello. Ceferino, que es un linco, se da cuenta del desconcierto de su compañero de mesa, y decide terminar el tema por la vía rápida.

- *Escucha Salvador: He de decirte que he leído detenidamente tu informe, y me ha gustado. Se trata de un buen plan de trabajo, cuidado y bien detallado. En él demuestras inteligencia y mucho coraje, pero en las circunstancias actuales proponer planes para mejorar las condiciones de vida de los pobres, es valiente, pero también es muy peligroso. Es una proposición suicida para ti. Así, que como te he dicho, lo he leído con mucha atención, y luego lo he tirado a la basura.*

- *¡Pero eso!*

- *¡Déjame terminar! Seguro que a los jefazos de arriba, les gustaría tener en sus manos una teoría social como la tuya. Les serviría para presumir de lo mucho que se preocupan por los pobres, y también para saber qué es lo que no deben de hacer. Borrarian tu nombre del pie de las páginas, y pondrían en su lugar el de algún Excelentísimo. A continuación, seguramente, te desterrarían a un rincón donde nadie volviera a saber de ti ni de tus teorías de loco peligroso. Escucha, a ti y a mí, nos han dado el cargo como premio por los servicios prestados a la Patria. No lo olvides. El trabajo lo dejamos para otros, nosotros debemos ocuparnos solo en sacar el mayor provecho mientras dure esta situación de ventaja. Es un regalo, un premio, ¿lo entiendes? ¿Te extrañó que mi ordenanza dudase de que yo te haya citado allí? Yo no voy nunca por aquella oficina. ¿Para qué? Solo cuando espero la visita de algún pez gordo, como es tu caso, me ven aparecer. Por la amistad que me une a nuestro común amigo, tengo que cuidar que una imprudencia por tu parte le cree a él algún problema.*

Ceferino hace una pausa, y toma un sorbo de café. A la vez, y mientras ha ido hablando, el nivel de la botella de coñac ha ido bajando. Se sirve, y bebe de la copa. Quiere dar un tiempo a Salvador para que asimile bien el mensaje de sus palabras. Tras la pausa, vuelve a hablar.

- *Mira Salvador, esta situación no va a durar para siempre, qué más quisiera yo, el paso de los días lo irá puliendo todo, todo se irá normalizando, y las cosas serán cada vez más complicadas para nosotros. Por ello, lo que a nosotros nos conviene es llegar de la mejor manera posible a esa nueva situación que no sabemos cómo será. Desde nuestra posición de poder e impunidad, un grupo de amigos nos hemos ido haciendo con la propiedad de todo aquello que parece estar abandonado, bien porque sus dueños han muerto, y nadie se atreve a reclamarlo, o de aquellos que han abandonado el país, y nunca volverán a aparecer por aquí. También, durante la confiscación de los bienes de nuestros enemigos, hemos apartado algo para nosotros, esos bienes pasan a ser propiedad del Nuevo Régimen. ¿Hemos hecho bien? ¡No lo sé! Pero lo cierto, es que si no lo hacíamos, otros vendrían de fuera para apropiárselo todo. Nosotros hemos arriesgado nuestras vidas defendiendo a España. ¿Quién con más derecho que nosotros?*

- *Eso que estás diciendo a mí...*

- *A mí no me vengas con uno de tus sermones obreristas, te conozco muy bien. Te he dicho que sé muy bien por qué estás aquí, así que no me vengas con monsergas. Ahora te vuelves al pueblo, pasa el tiempo lo mejor que puedas, haz lo que más te guste, juega en el casino, dedícate a la caza o a tirarte a la que puedas; en cuanto a lo que hay que hacer en la Delegación de la Compañía, ya te lo diré yo. Y deja que te dé un buen consejo: No hables con nadie de ese proyecto, eso no existe ni ha existido nunca. Ese*

papel te compromete a ti, y compromete a Jorge, y eso yo no lo voy a permitir. Porque tú no querrás, que nada de eso ocurra, ¿verdad?

Ceferino hace una nueva pausa y vuelve a beber.

- Aquí puedes venir siempre que te apetezca. He dejado dicho que cuando vengas al Club te atiendan como si fuese yo mismo. Naturalmente no tendrás que pagar nada, estarán a gastos pagados. También tendrás una habitación por si quieres pasar la noche, y serás atendido como un socio más. Todos aquí saben quién eres, y nadie se atreverá a hacerte una reclamación. Pero sobre ese asunto, ya hemos hablado cuanto teníamos que hablar. Yo ahora me marcho, tengo varios asuntos que atender. Tú puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Se come bien, te lo recomiendo.

Y sin nada más Ceferino se levanta, y como al entrar, repartiendo saludos, sale del local.

Salvador queda solo sentado en aquella mesa especial. Queda rendido y desarmado. Su primer impulso es salir corriendo de aquel lugar, pero teme no tener fuerzas ni para levantarse de la silla. El varapalo que ha recibido por parte de Ceferino, ha sido muy fuerte. No esperaba un desenlace así, aunque debía de haberlo previsto tratando con quien lo tenía que hacer. Ha topado con el muro que se ha levantado entre los vencedores y el resto de la gente. Ha pecado de ingenuo. Ha acudido esperanzado, confiaba en las bondades de su plan, en cambio le ha tratado casi como a un delincuente a punto de cometer un delito. Su fama de anarquista había llegado hasta el despacho de Ceferino. Al final, reúne fuerzas, y sale del Club entre saludos y sonrisas de la concurrencia.

